

NATALIA BOTERO DUQUE



Me empecé a preocupar porque las fotografías no se volvieran un artilugio, sino que se transformaran en un objeto de reclamación.

Natalia Botero Duque

Por Paula Valeria Gallo / PVG

Durante dos décadas Natalia Botero Duque recorrió el país retratando con su cámara de fotorreportera el conflicto armado colombiano. Masacres, tomas guerrilleras y paramilitares, desplazamientos, atentados, exhumación de cuerpos, procesos de paz; todo lo que produce una guerra lo ha visto, y ha hecho que otros lo vean a través de su trabajo en medios como la revista *Semana* y el periódico *El Colombiano*.

En el camino profesional comprendió que las imágenes del acontecimiento eran importantes, pero que no se comparaban con las que se podían lograr acompañando a las víctimas en su dolor, en la búsqueda de una verdad. En tono reflexivo asegura que “la imagen se vuelve en ese testimonio fehaciente de que sí sucedieron los hechos [...] sí hubo víctimas, sí hubo muertes, sí hay un conflicto armado. La fotografía no puede mentir”.

El cielo está despejado en su natal Medellín. Natalia está resfriada, pero ha decidido no cancelar la entrevista. Buscamos un lugar tranquilo. Decidimos pasar la tarde en un restaurante que también es librería y café. Habla sin prisa, seleccionando recuerdos de una vida hecha a pulso entre el periodismo, la violencia y los hijos.

PVG: ¿Cómo nace su amor por la fotografía?

R/: Quien me dio “la puntada” de la fotografía fue mi hermana. Yo creo que si mi hermana no me hubiera regalado la cámara que ella tenía cuando se fue a vivir a Estados Unidos, no habría sido tan fácil que yo me hubiese convertido en fotógrafa.

Me decía: “Mandame fotos en cartas y me contás a dónde fuiste, la gente que conociste”. Entonces me volví una relatora en mi cotidianidad. Y ahí fue que me “encarreté” mucho. Empecé a hacer cursos independientes con gente que sabía fotografía y que enseñaba la técnica análoga; porque, además, yo aprendí con cámara de rollo. Inclusive, heredé esa cámara en el año 83 más o menos, un Nikon F3, mecánica.

Me apasionó mucho la fotografía porque conocí el ambiente del laboratorio. Sentía que era un lugar muy íntimo donde podía crear, concentrarme, estar sola. Yo de por sí siempre he sido muy solitaria, entonces, lo disfrutaba mucho.

PVG: También disfrutaba del arte. Sin embargo, decidió estudiar periodismo ¿por qué?

R/: Es más, yo quería estudiar ingeniería mecánica porque me atraían muchísimo los aspectos racionales del mundo y de la física. Sin embargo, con mi papá descubrí la pasión por el periodismo. Mi papá era muy buen lector y escuchaba noticias todo el día.

Cuando entré a la universidad, como yo ya era fotógrafa, me hacía muchas preguntas sobre el periodismo. En esa época, el periodismo fuerte era el de la prensa escrita o el de la radio. Me angustiaba porque, a mi parecer, yo no sería capaz

de escribir como esas grandes firmas. Y pensaba: “No, yo no voy a ser capaz, yo soy muy visual. Soy más del hacer y del producir piezas”.

Me iba a retirar para matricularme en Artes en la Universidad Nacional, pero los profesores me fueron dando la confianza con la cámara y hasta me aconsejaron: “Si usted quiere, trabaje con la fotografía, escriba desde la imagen”.

PVG: ¿Cuál es el primer acontecimiento del conflicto armado al que se enfrentó en su rol de fotorreportera?

R/: Recuerdo mucho el primer trabajo que me tocó hacer como practicante en 1993 cuando era fotoperiodista de *El Colombiano*. Yo estaba de turno en el periódico cuando asesinaron a los voceros de la Corriente de Renovación Socialista²⁷. En ese momento, ellos iniciaban los procesos de diálogo con el gobierno de César Gaviria para dejar las armas.

A ellos los mataron en el monte, el Ejército. Y nosotros viajamos a Blanquicet a hablar con la gente en la zona para que nos contaran qué había pasado, y para hablar con el inspector sobre quién había practicado el levantamiento de los cadáveres. Pero nadie nos dio razón... Muy poca gente habló por miedo.

En la noche, cuando yo regresaba, nos emboscaron. Viajábamos cinco personas en un carro y de pronto nos atravesaron un camión en la vía. El periodista, desesperado, me daba instrucciones: “¡Métase los rollos, escóndase el material! Que no se los vayan a coger”.

27. La Corriente de Renovación Socialista (CRS) fue una facción del Ejército de Liberación Nacional (ELN), de tendencia marxista-leninista, que abandonó la lucha armada a principios de los años noventa tras cuestionar la eficacia estratégica de la guerra de guerrillas en el contexto colombiano.

Y escondí todos los rollos dentro de mi ropa interior, a los minutos descubrimos que la emboscada había sido del Ejército. Nos condujeron a la Brigada 17. Y entonces, empecé a comprender las complicaciones y riesgos del trabajo periodístico sobre un tema tan delicado como el conflicto armado. A partir de ese momento, creció mi interés por acercarme a las víctimas por medio de la fotografía.

Después tuve la oportunidad de conocer al grupo armado, porque me encargaron hacerle seguimiento al tema. Dentro de las familias había niños, había muchas mujeres y eso fue lo que más captó mi atención. Entendí que los alzados en armas no eran solo los hombres.

PVG: Hablando de inicios, ¿cómo fue su primer viaje sola como fotorreportera?

R/: Yo fui a cubrir el incendio que ocurrió en Machuca, eso fue en octubre del 98, unos días después del encuentro de la cúpula para la paz con el ELN (Ejército de Liberación Nacional). El ELN voló el oleoducto²⁸ y el río se incendió. La gente no pudo salvarse porque eso ocurrió durante la noche, casi todas las casas se quemaron, porque eran de madera, el incendio se propagó con velocidad y murió mucha gente.

Yo trabajaba en la revista *Semana* (desde Medellín). Por lo general, no viajábamos sin la autorización del editor. Eso ocurrió el viernes por la noche. El sábado fue todo el boom, todos los medios se fueron. Desde el domingo hablé con don Darío, mi jefe, y acordamos que el lunes por la mañana hablábamos para decidir si viajaba o no.

28. El 18 de octubre de 1998, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) dinamitó en un acto terrorista el Oleoducto Central de Colombia (Ocensa) en la parroquia de Machuca, una vereda o caserío minero con unos 2500 habitantes localizado en el corregimiento Fraguas de Segovia, Antioquia.

Y me cogió a mí un desespero porque empecé a mirar las noticias y me recriminaba: “Yo no puedo creer que yo no esté allá”.

Me fui para la oficina a las ocho de la mañana, pero el consejo de redacción solo comenzaba a las diez. Yo telefoneaba desesperada a Bogotá, quería comunicarme con Luz Adriana Gutiérrez, la periodista, pero ella no me contestaba. Entonces me fui para el helipuerto en Medellín, de donde salían los helicópteros del programa aéreo Salud y la Gobernación de Antioquia.

Allá me explicaron:

—Vea, hay un helicóptero de la Gobernación que va a ir a recoger gente, pero no llega a Machuca. Ellos tienen que hacer una entrada primero a Santa Elena a dejar a un funcionario, si quiere se va hasta allá.

—Hágale, yo voy llegando como sea.

—Me monté al helicóptero y le dije al piloto:

—Tengo 20 mil pesos, sólo me vine con eso...

—Venga, yo le doy plata y cuando usted pueda me lo paga.

Me entregó como 50 mil pesos, yo nunca volví a saber de él. Cuando íbamos en el vuelo, él recibió la orden de que aterrizara en Machuca e hiciera escala. Eso para mí fue un milagro. El piloto me dijo: “Usted es la mujer más de buenas (afortunada) del mundo, que aparte de que yo le doy mi platica también la llevo hasta Machuca”.

El helicóptero dio vueltas de reconocimiento sobre la zona donde ocurrió la tragedia, desde el aire eso se veía impresionante, el río quemado, fue tan triste. Llegué y justo iba a empezar el sepelio. Logré hacer fotografías cuando cargaban los féretros y los estaban llevando en procesión hacia el hueco que habían cavado. Logré hacer unas fotografías muy tristes, pero estéticamente muy bonitas.

Para mí, ese viaje ha sido muy importante porque logré uno de los objetivos de todo periodista, conseguí vencer esas barreras: “es que si a mí no me llevan, yo no puedo”, “es que yo, así sola, ni me atrevo”. En periodismo jamás me he encontrado en ninguna zona de confort cubriendo la noticia, me ha tocado enfrentar mis miedos.



PVG: ¿Colombia es machista cuando se trata del trabajo fotoperiodístico?

R/: Ciento por ciento. En los últimos años ha habido una gran fuerza por parte de las mujeres y, de hecho, ya hay varios colectivos femeninos. En mi época, desde 1990 hasta 2015 fueron años donde la voz masculina primó sobre la voz femenina en la fotografía periodística.

Y si vos mirás en los medios, aparte de una fotógrafa joven que lo está haciendo muy bien, no encontrarás más fotografías periodistas. Entonces, eso también es un termómetro muy alto y rojo. Siempre me he hecho la pregunta: ¿por qué no hay más mujeres fotógrafas en los medios?

Siento que en Colombia las narrativas fotoperiodísticas son masculinas y machistas de alguna manera. Porque no es solo el fotorreportero, no es solo el colega de uno. También el editor, él es quien decide cuál foto va y cuál foto se queda por fuera de la selección; se trata del cómo juzgan el trabajo de las mujeres fotógrafas, del cómo lo catalogan, se trata del quién decide si tu trabajo es mejor que el otro. Y quienes deciden..., son los hombres.

Hay un desconocimiento también muy grande del trabajo que han hecho las mujeres. Yo no soy la única, hay muchas más y con mucho talento.

PVG: Entonces, ¿cómo logró usted adquirir visibilidad en un mundo en el que primaba el trabajo masculino?

R/: Pues 've', ¿una?, el trabajo. Mi trabajo ha sido muy bueno, y logró visibilizar o rescatar fotográficamente muchas cosas que otros no fotografiaron, no publicaron. Además, porque

he sido muy persistente, no he cambiado mucho la línea a la que me he dedicado, que es la del conflicto y los derechos humanos.

Y creo que donde está el valor de mi trabajo es en que me he reinventado en el tiempo y le he dado un giro a mi mirada fotográfica. No me quedé solo esperando a que los hechos ocurrieron. Usé la fotografía como un instrumento narrativo para trabajar con las comunidades.

Los hechos violentos eran importantes y los actos violentos como las tomas²⁹, las masacres, fueron importantes desde el fotoperiodismo. Pero, en el fondo, eso no era lo vital. Lo trascendente era lo que pasaba después con las comunidades. Y yo me dediqué a eso.

PVG: Vivió una época muy entregada a los medios de comunicación, pero después se alejó de ellos, ¿cómo fue ese proceso?

R/: Decidí ser mamá. Ya tenía tres hijos muy chiquitos, y eso implicaba unas cosas como mujer y como mamá. Esa fue una de las cosas que más influyó.

Yo tuve a mis hijos en el 2005, en el 2006, y recuerdo que, en esa época en la que estaba en embarazo de los mellizos, Vicente Castaño y alias el “Mono Leche” entraron en proceso de desmovilización en el marco de un programa de erradicación de coca manual en Amalfi (departamento de Antioquia), una zona donde ellos, los paramilitares, tenían influencia. A mí me tocó cubrir esas erradicacio-

29. La toma guerrillera, de acuerdo con dejusticia.org, es un tipo de ataque armado sorpresivo y planificado contra uno o varios objetivos que pueden consistir tanto en emplazamientos territoriales como en grupos de personas civiles o no. De acuerdo con el Centro Nacional de Memoria Histórica, entre 1965 y 2013, Colombia registró 1.755 incursiones en centros poblados y cabeceras municipales.

nes. Fueron caminatas largas. Tuve que dormir en el monte... Fue muy exigente físicamente y yo con el embarazo; inclusive pensé que había perdido el bebé.

Para mí fue muy difícil y ha sido, de alguna manera, muy doloroso tomar la decisión de renunciar a cosas profesionales para darle prioridad a lo personal.

Dejar de asumir riesgos desde la profesión porque tenía tres hijos que dependían de mí. Tener familia como mujer no es un impedimento, pero sí es una limitante.



PVG: Hablemos un poco de esos acontecimientos que marcaron su carrera profesional antes de que decidiera retirarse de los grandes medios de comunicación.

R/: Para mí hay un evento que fue muy importante: la masacre de San Carlos en el 2003. Encontré, a través de Cielo — una líder comunitaria que fue asesinada muy joven— lo que significaba perseguir la muerte. Pero, también encontré la dignidad del muerto y la dignidad de nosotros como personas que sufren el conflicto. Cielo fue uno de los últimos cuerpos que recogieron las volquetas después de recuperar todos los cadáveres. Me confrontó mucho con la muerte y con la vida, me confrontó con el ejercicio fotoperiodístico.

Otro hecho que me queda en la memoria es el cubrimiento del asesinato (por parte de las FARC) de Gilberto Echeverri y Guillermo Gaviria cuando fue gobernador de Antioquia. Un día después me tocó visitar el campamento donde estuvieron secuestrados. Me impactó mucho ver las condiciones en las que estaban, saber lo que habían vivido; pero también entender el juego del Ejército en ese hecho, porque entramos por un lado muy largo y difícil, pero salimos por otro lado muy fácil. Entonces, cómo nosotros íbamos a cubrir la noticia hay una gran burla o a veces engaños de parte del Ejército.

¿Sabés también qué?, la Operación Orión y la Operación Mariscal se han quedado muy marcadas en mi memoria. ¿Cómo una ciudad a la luz de todos vive una guerra interna en un barrio, pasa lo que pasa, sacan a gente viva y la desaparecen? Una guerra perpetrada por encapuchados, por sapos y delatores, por la guerrilla, por los milicianos, por los paramilitares, por la Policía, por el Ejército, ¿y únicamente afectó a ese sector de la ciudad? No paralizó el mercado ni al comercio, no paralizó las empresas, no paralizó la indus-

tría, no paralizó las universidades, no paralizó la escuela. Y la prensa no hizo nada, simplemente, se dedicó a registrar las noticias. A mí eso me ha llamado mucho la atención. Me impactó mucho cómo a toda una comuna entera se le transformó y se le trastornó su vida por años.

Hay otro hecho que a mí me ha indignado mucho, me marcó y me hizo estar más en contra del Estado y de las Fuerzas Armadas: Bojayá. Para mí, Bojayá fue uno de los grandes ejemplos de burla a la prensa, de veto al derecho a la información, a informar bien. Bojayá me marcó mucho porque, dentro de los parámetros determinados por el Ejército y por el Estado, periodísticamente fue muy difícil cubrirlo.



PVG: Ahora que hablamos sobre el tema de Bojayá, hubo un asunto que fue muy discutido en ciertos círculos académicos y periodísticos sobre un trabajo que usted estaba haciendo en ese municipio, en el año 2017; cuando se estaban exhumando a las víctimas de la masacre de mayo del 2002, y los dolientes expresaron que no querían que usted ni la periodista que la acompañaba estuvieran allá.

R/: Realmente lo que nos pasó en Bojayá fue un hecho que se salió de mi entendimiento. Las circunstancias que rodearon los hechos, las presiones que hubo por parte del Comité de Víctimas. Las amenazas, porque nos amenazaron directamente, tanto por escrito como verbalmente, y nos pusieron en una situación de indefensión absoluta en medio de la selva. Y claro, como ellos entendieron cuál era nuestra intención como periodistas, nos callaron y nos intimidaron.

Y llegar a la ciudad y enfrentarnos a una cantidad de reproches por parte de la academia, del mismo Centro Nacional de Memoria Histórica y de los periodistas, nos desconcertó aún más. En ningún momento conocieron nuestra versión, sino que le dieron prioridad al testimonio de las víctimas.

Se nos atacó mucho porque no respetamos el silencio de las víctimas. Entonces, mis preguntas son: ¿el propio Comité de Víctimas respetó el silencio de las víctimas?, ¿respetó el silencio de las familias que no querían que exhumaran los cuerpos?, ¿el Comité de Víctimas nos escuchó?, ¿nos escuchó el país? No, nadie nos escuchó, nadie quiso saber por qué nosotras estábamos allá, cumpliendo con nuestra labor periodística.

A mí eso me desconcertó mucho, pero por sobre todas las cosas me aclaró el poder que ostentan las víctimas en el

país y el poder que nosotros les estamos otorgando. Y no las estoy cuestionando, tienen derechos legítimos, pero ¿de qué forma los ejercen?

PVG: ¿Qué era lo que ustedes querían cubrir?

R/: Cuando estuvimos allá descubrimos muchas cosas, no muy chéveres, para narrar el conflicto de las exhumaciones de los 90 cuerpos en Bojayá. Era la tercera vez que se exhumaban los cuerpos y era la tercera revictimización de los dolientes frente a esas exhumaciones.

Ahora me entristece y me duele mucho el darme cuenta de cómo hicieron un show con la entrega de los cuerpos, y cómo condujeron hasta allá a tres mil personas a vivir y sufrir durante diez y hasta veinte días esos procedimientos, cuando nadie sabe el trasfondo ni la cantidad de plata que corrió por el medio, además del dolor de muchos de los familiares que no querían que fuesen exhumados sus seres queridos.

Es la única vez que me ha pasado eso. Me dejó muchos sinsabores. Eso me ha causado mucho temor y, sobre todo, me ha impedido hacer el trabajo.

PVG: ¿Cómo fueron esas amenazas del Comité de Víctimas?

R/: A mí me intentaron quitar la cámara. Nos dijeron que nuestra seguridad no nos la garantizaban. Tres días seguidos nos estuvieron amenazando Leyner Palacios y Yuber Palacios. Sobre todo Yuber, tengo entendido que ahora tiene mucha fuerza en el Comité. Me insultaba fuerte, me gritaba que “cualquier cosa” podría ocurrirme, que yo no tenía

por qué estar allá, que yo qué estaba haciendo, que ese no era un lugar seguro para nosotras, que a todos los que me estaban ayudando a hacer las fotografías les podía ocurrir “cualquier cosa” también. Inclusive, hostigaron mucho a uno de los indígenas que me dejó entrar a su casa para hacer fotografías.

Tuvimos que llamar a Bogotá, a la FLIP³⁰, nos dieron la orden de salir. La Fiscalía incluso nos dijo que no estábamos seguras allá, que nos fuéramos para Vigía del Fuerte, que ellos nos acompañaban. Luego, cuando veníamos de viaje el viernes por la mañana que logramos salir de Bojayá con el padre Antun, nos dijeron que ojalá llegáramos bien a Quibdó, que ya después de estar en Quibdó podíamos estar tranquilas.

Y cuando llegamos a Medellín nos mandaron un texto por WhatsApp en repetidas ocasiones. Siguieron las amenazas, siguió el hostigamiento y nos monitoreaban permanentemente. Inclusive impidieron mi trabajo reporteroil en Medicina Legal y en la Fiscalía para seguir indagando acerca de los cuerpos recuperados y su identificación.

PVG: ¿Ha recibido otras amenazas a lo largo de su carrera?

R/: He recibido tres amenazas grandes.

30. La Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) es una organización sin fines de lucro fundada en Colombia con el objetivo de defender la libertad de expresión. Es miembro consultivo ante la Organización de los Estados Americanos (OEA), además, es integrante del Proyecto Antonio Nariño (PAN) y la plataforma Más Información Más Derechos, también de la red Intercambio Internacional por la Libertad de Expresión (IFEX) y del Global Forum for Media Development (GFMD).

PVG: ¿Cuándo fue la última vez que sintió que ejercer el periodismo en Colombia es difícil?

R/: En 2019. Yo estuve acompañando un proyecto internacional con la IWMF (International Women's Media Foundation) con periodistas que vinieron de varias partes de Iberoamérica para abordar temas sobre Medellín. En ese acompañamiento, yo era curadora y verificadora de la información que producían y, a la vez, era el enlace con las fuentes.

Hubo varias de ellas que estuvieron interesadas en el tema que yo manejo sobre desaparición forzada. En uno de los trabajos, entramos a la Comuna 13. Como yo había adelantado reportería en el sector, sentí que había posibilidades de ingresar para terminar la historia de un chico que desapareció del barrio Eduardo Santos.

Fui al barrio a hacer las fotografías, pero al rato de estar trabajando me abordaron dos hombres armados y me empezaron a interrogar. No creyeron que yo fuera de la prensa. Creían que yo era de la Policía Nacional, de la Fiscalía. Me exigieron mis documentos y los fotografiaron, se apoderaron de todos mis datos personales. Me retuvieron por 4 horas.

Se subieron a mi carro. Uno estaba armado. Uno se sentó adelante, a mi lado, el otro se sentó atrás:

—Vamos a salir del barrio.

—Ustedes necesitan que yo salga del barrio y que no vuelva. Entonces, listo, yo sé el camino, yo los dejo acá y yo sigo.

—No, usted va a seguir con nosotros. Nosotros somos los que decidimos qué hay que hacer.

Cuando me dijeron eso, yo pensé “me van a sacar de la ciudad y me van a matar, o me van a entregar a otra gente, o no sé qué van a hacer conmigo”.

No entendían qué era eso de la “prensa independiente”, ni qué era ser freelancer y no trabajar para un medio en específico. Ellos me argumentaban “si usted no tiene el carnet de *El Colombiano* o de Caracol, usted no es periodista”. Sentí que la discusión con ellos era tiempo perdido.

Yo entré al barrio a las tres de la tarde, a las cinco me sacaron. Cuando llegamos a una vía principal, les dije:

—Listo, hermanos. Aquí ya bájense porque yo ya salí del barrio.

—Bueno. Usted sabe cuál es la ruta de llegada, pero sabe también que hay una ruta de “no salida” del lugar. Entonces, si usted vuelve a ingresar, ya sabe lo que le puede ocurrir.

—Pero ustedes nunca se identificaron, ¿ustedes quiénes son?

Después supe que ellos eran integrantes del Clan del Golfo. Siempre me entró la duda sobre si se trataba de grupos armados ilegales, si eran vigilantes del barrio, o si era la misma policía con funcionarios infiltrados, que a veces los hay.

Le escribí a la IWMF y les relaté lo acontecido, ellos me brindaron algunas recomendaciones y me dirigí luego a la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP). Tomamos la decisión de poner la denuncia en Bogotá.

La Fiscalía lo tipificó simplemente como un secuestro. El caso lo trasladaron para Medellín al tiempo que yo recibía

otras amenazas. Ellos (el grupo ilegal) enviaron correos a la casa de mi mamá, un sobre con documentación mía y con artículos que habían descargado de internet, como advirtiéndome: “Vea, es que a usted la estamos investigando”. Las nuevas amenazas y hostigamientos los consigné ante la Fiscalía, pero nunca obtuve una respuesta.

La Fiscalía nunca me quiso dar el documento de la denuncia por escrito, sino que me dio un radicado, como una nota criminalística. Y cuando la Unidad de Protección en Bogotá me empezó el proceso de protección, la Fiscalía no quiso dar la denuncia. No hemos podido entender por qué se han interpuesto tantas trabas.

Lo que me pasó fue una ratificación más de la desprotección en la que se encuentra la prensa en un país como Colombia, sobre todo las mujeres.

PVG: Además de lo que acaba de narrar, ¿hay alguna escena o imagen que nunca quisiera repetir?

R/: Yo diría que todas. Pero hay una que se me quedó clavada en el corazón. Estuve en una exhumación en La Granja, Ituango. Cuando destaparon la fosa, la mamá, a lo lejos, empezó a gritar: “Juan Carlos. Mataron a mi Juan Carlos. Te quitaron los zapatos...”.

A mí eso me impresionó tanto. Ese sonido en ese silencio del monte. Esa mamá gritando de dolor.

Yo hubiera querido, de alguna manera, no haber tenido que vivir el país en conflicto a través de la fotografía. A mí me conmueve mucho cuando algunos jóvenes dicen:

—Ay es que esa época que usted vivió de la fotografía fue tan buena, todo lo que viajó, lo que pudo hacer, conocer a los “armados” y a los jefes.

—¿“Tan bueno”? No. ¡Tan doloroso!

PVG: Tiene cierta afinidad por cubrir hechos relacionados con la desaparición forzada...

R/: Siento que acompañar el tema de la desaparición forzada es también una búsqueda personal. Inclusive, durante un tiempo sufrí un cuadro de depresión, de tristeza profunda, y fui a tratamiento psiquiátrico y psicológico. Fueron dos años de mucho miedo, preguntándome por qué yo no era capaz de encontrar eso que había perdido. Y lo encuentro, o trato de encontrarlo, a través de los familiares o de las madres que buscan a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos.

Asumí el tema de la desaparición forzada como un reto. En Colombia siempre se habló de los desaparecidos como un número dentro de los organismos del Estado, en Medicina Legal o de la misma Fiscalía. Pero, cuando yo me acercaba a las exhumaciones y veía la soledad de las familias y de las mamás, cómo perseguían ese cuerpo, cómo le iban trazando la ruta, cómo llevaban a los investigadores y a los fiscales a localizar el cuerpo y, también, cómo el Estado se burlaba de las familias, cómo se burlaba de las víctimas. Sentí que a través de la fotografía podía darles rostros y darles voz a los desaparecidos.

Entonces, me empecé a preocupar porque las fotografías no se volvieran un artilugio, sino que se transformaran en un objeto de reclamación, en un objeto de identidad o en un objeto para transformar su cotidianidad y también su dolor.

PVG: ¿La fotografía ayuda a sanar ese dolor o, por lo menos, a evitar la repetición?

R/: Todo se demuestra a partir de la imagen. Entonces, la imagen se vuelve en ese testimonio fehaciente de que sí sucedieron los hechos, sí hubo participación de los grupos, sí hubo víctimas, sí hubo muertes, sí hay un conflicto armado. La fotografía no puede mentir, vos podés mentir muy fácil en un texto, en cambio la fotografía permanece en el tiempo y su relato es inextinguible.

En primera instancia la fotografía es un mecanismo de memoria y en aras de eso también es un mecanismo político, una herramienta también documental, una herramienta de activismo social utilizada por quienes la viven y quienes la tienen a la mano para poder trabajar con ella. Ahora, eso no garantiza la no repetición, lo que más bien garantiza la fotografía es la prueba de que los hechos sí han ocurrido.

